

TRABAJO, EDUCACIÓN Y EMANCIPACIÓN

Martín Rodríguez Rojo¹

Resumen

El trabajo es una categoría mental de la que se ha hablado mucho. Este artículo recoge la evolución histórica del concepto, se pregunta qué concepción de entre todas es la que puede contribuir a la emancipación del “homo” y en qué contexto ideológico debe encuadrarse el trabajo para devenir en una herramienta de liberación. En cualquier caso, la necesidad de la educación para conseguir que el trabajo sea una pieza emancipadora es evidente.

Palabras clave: Trabajo; Emancipación; Educación; Alienación; Liberación.

Introducción

Intento decir en este artículo que el trabajo puede ser un instrumento de alienación o un medio excelente de emancipación del “homo”. Entiendo que el trabajo, como actividad humana, siempre se realiza en un contexto sociohistórico y que, por tanto, su definición adquiere sentido dentro del contexto donde se ubica. La emancipación, pues, se conseguirá o no según la cosmovisión educativa que oriente los principios que lo acojan y de los medios que se utilicen para conducir hacia una u otra finalidad dicho trabajo. En definitiva, opino que no hay trabajo emancipador sin educación liberadora. Según la paideia educativa bajo la que el trabajo se rijan, éste se

¹ Profesor Emérito. Universidad de Valladolid, España. E-mail: martin@pdg.uva.es

considerará como liberación o como alienación. Divido el artículo en tres partes: trabajo, emancipación y educación.

I.Trabajo

Antes de llegar a tomar una opinión sobre el valor del trabajo, sobre si libera o aliena, debemos saber qué se entiende por trabajo. Como además hemos sugerido que el trabajo adquiere significado en su contexto, debemos referirnos a los posibles contextos donde el trabajo se ha dado para obtener una definición del mismo.

¿Por dónde ha discurrido la actividad de los humanos a lo largo de la historia? ¿Dónde ha puesto sus pies esta cambiante criatura? ¿Qué época, qué concepciones le han dado cobijo? ¿En qué cosmovisiones se ha refugiado el trabajo?

Hoy día se considera suficientemente probado que el trabajo es una actividad humana que sirve para crear las condiciones propias de la vida racional; pero no siempre ha estado clara esta afirmación. Tiempos hubo en que ni siquiera se pensaba que el trabajo sirviera para producir riqueza. En el mundo antiguo e incluso en la Edad Media prevaleció una cosmovisión organicista y sexuada que concebía a la madre Tierra preñada por el Sol, originando los bienes necesarios para que el hombre subsistiera (Rieznik, P., 2001). Según esta concepción poca o nula era la intervención del trabajo humano para la creación o producción de riqueza.

No es momento ni a mi me pertenece discutir este planteamiento antropológico del profesor Rieznik. Lo cual justifica que pueda añadir al estudio del citado antropólogo, otras concepciones sobre el trabajo humano, como por ejemplo, la de Marcos Arruda (2006), quien pasa revista a distintos momentos de la historia. Siguiendo a este autor, me fijaré en la evolución que el concepto de trabajo ha sufrido a lo largo de

algunos periodos más significativos. Me refiero a: - los primeros tiempos de la humanidad, cuando los homínidos buscaban al “homo”, - la sedentarización y desarrollo de la agricultura, - el sistema capitalista, - su opuesta concepción marxista, y finalmente - la Filosofía de la Praxis.

En **los orígenes de la humanidad** se concibe al trabajo como una "confrontación del Homo con la naturaleza para garantizar su supervivencia". La persona, tal vez sin ser consciente de la correlación entre esos dos términos, tenía que sudar para comer. La naturaleza le proporcionaba ciertos bienes, pero aún siendo esto así, el esfuerzo del brazo para arrancarlos, del cuerpo para apoderarse de esos bienes, o de las piernas para transportarlos suponía un sacrificio o enfrentamiento con el contexto. Contexto al que había que vencer para prolongar la vida, empleando las energías naturales que, a su vez, facilitaban al hombre la posibilidad de seguir viviendo o la alimentación para subsistir.

Llegó el desarrollo de la **agricultura** que aconsejó a nuestros antepasados sentarse para ver sus tierras y cultivarlas. Como siempre tristemente ha sucedido, algunos grupos comenzaron a apropiarse de la tierra y de sus productos, esclavizando a personas de otros clanes y “haciéndolos trabajar para ellos a cambio de la vida y del sustento”, continúa diciendo Arruga en el artículo citado. La evolución de este sistema agrícola de vida, originaría más tarde un “modus vivendi” donde los feudales se aprovecharían de los siervos, gracias a que el trabajo de éstos revertía en exclusivo beneficio de aquellos. O también, una sociedad de pocos terratenientes que se desarrollaban a costa de la exclusión de las masas humanas de entonces, las cuales empleaban fundamentalmente su fuerza humana en exclusivo beneficio de los prepotentes señores de la gleba.

En los albores de la propiedad privada, como ya sucedía en la **Edad Antigua**, se consideraba trabajo a las actividades que garantizaban la vida, pero éstas eran consideradas inferiores, indignas de personas nobles y ciudadanos instruidos. Marcos Arruda dice que desde el momento en que unos se concedieron el derecho a la propiedad, privando a otros del mismo derecho, el trabajo de mantener y reproducir la vida y la sociedad quedó fragmentado, dividido entre trabajo manual y mental, y les fueron atribuidos valores: inferior y superior, siervo y dominador. **En la Grecia y Roma** antiguas, la actividad manual se llamaba trabajo, a la mental, "negocio", o lo opuesto al ocio.

El trabajo, pues, según el contexto donde se ubica adquiere uno u otro sentido. Mientras en las culturas que no admitían la propiedad privada se trabajaba para garantizar la vida de la comunidad, en las culturas que sí admitían dicha propiedad privada, el trabajo no consistía en las actividades que servían para vivir, sino en la actividad que producía para acumular y, consecuentemente, para vender y para ganar con lo vendido. Poco importa que lo producido supere las necesidades necesarias para vivir y convivir. Lo más interesante será trabajar para consumir, aunque lo consumido y consumible no sea necesario. Más aún, ciertos sistemas sociales inventarán necesidades, las crearán a través de la propaganda, para que la población considere necesario lo que realmente no lo es. Una vez creada esa necesidad, las personas, sin pensar demasiado, se dejarán engañar satisfactoriamente y se verán impelidas a comprar lo producido por el trabajo de aquellos que obedecen o se sienten obligados a obedecer las órdenes de quien dirige la rueda de la producción-consumismo.

En la **tradición judeo cristiana** el trabajo productivo se presenta como una carga, una pena o consecuencia del pecado original. Más tarde, cuando esta cultura

prescinde de la sujeción a la única interpretación que la jerarquía católica impuso a sus fieles y cristalizó en la ética protestante, el trabajo adquirió valoración positiva, relacionada con la "vocación" humana de imitar al Creador en el trabajo y en el descanso. "Ni ocio ni placer, y sí solamente la acción sirve, según la voluntad de Dios, para multiplicar su gloria. Según esta visión, el desperdicio del tiempo es el primero y, en principio, el más grave de todos los pecados", escribió Max Weber al analizar la ética protestante.

Será conveniente detenerse en el concepto de trabajo elaborado dentro del sistema capitalista y comprobar la evolución que ha ido sufriendo en la mente de los más prestigiosos economistas de dicho sistema.

William Petty (1623-1687) y Adam Smith (1723-1790) sostenían que el trabajo es la fuente del valor. Las cosas producidas por la actividad humana, es decir por el trabajo de los seres humanos, valen tanto cuanto valga el tiempo, el esfuerzo, la creatividad, la ilusión puesta en la confección de dichos objetos. Como se comprenderá por el lector inteligente, el valor de la ilusión y de la creatividad es inmedible. Los autores defensores de la propiedad privada inventarán artilugios para acercarse a la medida y distribución de ese valor humano que el "homo" (hombre-mujer) entrega en la hechura de las cosas que han de satisfacerles.

Así David Ricardo (1772-1823) distinguió tres teorías sobre el valor-trabajo: la primera sostiene que el costo de la producción determina el valor de los bienes. La segunda teoría defiende que el salario se fija en el mínimo necesario para la subsistencia del trabajador y de su familia; y la tercera teoría apuntala que cada país procura especializarse en los productos para los cuales se encuentra relativamente mejor dotado.

Supongamos que el costo de la producción de un zapato es de 50 euros (Teoría del valor-trabajo). ¿Cómo se distribuye ese valor? – Parece lógico pensar que se debería distribuir según se decidiera por aquellas personas que han trabajado para producir el zapato. Pues no. Será sólo una de las partes que ha producido el zapato quien determine dicha distribución: el amo de las máquinas con las que se ha producido el zapato. El capitalista. ¿Qué corresponde al asalariado? – En el capitalismo puro, aquel en el que sólo se rige por el mercado o clásico, lo que diga el capitalista. Éste se regirá por el criterio de dar al trabajador aquello que considere mínimamente suficiente para la subsistencia del trabajador y su familia. Es decir, aquella parte de los 50 euros que el capitalista suponga que es suficiente para que el obrero reponga sus fuerzas de trabajo y pueda reproducir otras fuerzas que le continúen en el mismo (Teoría del salario natural). ¿Dónde se ha de producir ese zapato? – En aquellas naciones que se encuentren mejor dotadas para producirlo. Es decir, allí donde la fabricación del zapato sea más barata. (Teoría de los costos comparados).

Como se ve en estas sucesivas operaciones se han distinguido dos fuerzas de trabajo diferentes: una la del capitalista y otra la del asalariado. El primero dispone, ordena, manda, distribuye cantidades del valor de los bienes, equivalente, según Ricardo, a la del trabajo. El segundo o asalariado ha vendido su fuerza, su energía, su creatividad por el dinero que el capitalista haya querido asignarle. El asalariado no dispone del bien producido ni de la decisión de asignarle un valor. Se ha originado, pues, una división del trabajo: el manual y el mental. El concepto de trabajo se ha convertido en trabajo laboral y trabajo mental. El laboral etimológicamente significa sufrimiento y fatiga. El mental será considerado como un trabajo superior, un trabajo que produce efectos superiores como es el ordenar, distribuir, pensar, organizar. Al producirse dos valores para el trabajo se han engendrado dos clases, los sufridores o

ejecutores, y los decisores, los superiores, los directores. Hemos caído en el pozo de la insolidaridad, de la explotación del hombre por el hombre. El trabajo se ha degradado en el sistema capitalista.

Los economistas neoclásicos, tales como Karl Menger (1840-1921), William Jevons (1835-1882) y Léon Walras (1834-1910) fueron conscientes del defecto en la conceptualización del trabajo, realizada por sus predecesores e intentaron remediar tal vicio. “Definieron el valor de una mercadería a partir de su utilidad, y redujeron el trabajo únicamente a uno de los factores de producción” (Arruda, 2006, 1). El trabajo para él será, por tanto, la actividad humana que produce utilidades. Frederick W. Taylor aportó su grano de arena y concluyó sin tapujos lo que nosotros hemos adelantado: que el trabajo "manual" es inferior y que el trabajador es un mero ejecutante de las órdenes del administrador. El trabajo "mental" es el que de hecho importa. De ahí a eliminar prácticamente la importancia del trabajo manual, inferior y fatigante, e indirectamente la dignidad del trabajador manual, del obrero que labora en serie o que mueve rutinariamente sus brazos para cebar la máquina de papel, va un paso muy pequeño. El avance de la tecnociencia se encargará de cerrar el ciclo de la anulación del trabajador asalariado y en serie, robando el valor al sujeto productor y trasladándolo a la ciencia y a la tecnología. Actualmente, las NTICs o Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación admitirán que quien vale es el creador de programas, no el simple procesador de textos. Es decir, el trabajo se define por su importancia para crear riqueza y para mantener la eficacia de los medios de producción, no porque sea una acción humana. Nuestra civilización ha llegado a rematar la muerte de los “donnadies”, como diría E. Galdeano. Entre un tractor y un tractorista se elige al tractor. Entre un indígena que corre tras de una vaca y la vaca, el tiro irá dirigido al indígena para posibilitar que la res señalice el nuevo terreno para el amo del cuadrúpedo.

Karl Marx (1818-1883) se encaró con la economía política clásica y destapó la explotación que subyacía en el concepto de trabajo que sus predecesores economistas defendían. Creó la teoría de la plusvalía, según la cual el plustrabajo, o trabajo no remunerado, sería la fuente de lucro y renta de la tierra. También aprovechó los conceptos de los dos tipos de valores: el de uso y el de cambio. El valor de uso es la aptitud que posee un objeto para satisfacer una necesidad. Es determinado por las características propias del objeto y por el uso específico y concreto que se da al mismo según esas características.

El valor de cambio es una medida cuantitativa determinada por el tiempo de trabajo abstracto, es decir el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlas. Este valor es independiente por tanto del uso específico que tengan esas mercancías o sea independiente de su valor de uso.

El valor de cambio está compuesto, en la producción capitalista, por el capital constante (medios de producción) consumido y el capital variable (valor de la fuerza de trabajo) en la producción de mercancías y la plusvalía o valor excedente producido por el obrero y apropiado gratuitamente por el capitalista.

En el capitalismo, el trabajo, en tanto actividad humana, es el valor de uso o sea el uso específico dado a la mercancía *fuerza de trabajo*, personificada en un trabajador y este valor de uso, el trabajo, tiene una cualidad que lo diferencia de los demás valores de uso y es su capacidad para crear valor, es decir valores de cambio materializados en nuevas mercancías.

Según estas nociones de valor, tomadas de la enciclopedia mundial (Wikipedia, 2011), podríamos deducir que trabajo para el marxismo es una actividad humana que produce valor, no sólo un valor de uso, sino también un valor de cambio. Estos dos

valores se producen por la fuerza de trabajo de los seres humanos. Puesto que el trabajo humano produce más de lo que la fuerza de trabajo recibe a cambio, habrá que preguntarse quién recibe y quién debe recibir esa plusvalía. El capitalismo contesta que, a cambio del capital constante o medios de producción que él proporciona o pone y expone, es el capitalista quien debe recibir esa plusvalía. El marxismo, por el contrario, dice que apoderarse, sin más ni más, de dicha plusvalía es injusto. Un marxismo moderado respondería a la pregunta que se debería negociar esa distribución para que el trabajo no resulte una expropiación y el trabajador no salga alienado al final de su actividad laboral. Lo que quiero resaltar es que según el sistema o cosmovisión desde donde se interprete el trabajo, éste esclaviza o emancipa.

Se debe tener en cuenta que la mercancía “Fuerza de trabajo”, realizada a través de la actividad de una persona trabajadora, tiene una característica especial no comparable con cualquiera otra fuerza no humana. Esta cualidad consiste en la capacidad de crear valor de cambio. Valor este último que varía según las circunstancias y cuyo precio de venta puede exceder en mucho al valor del tiempo socialmente necesario para su fabricación o producción. Aquí hay que volver a preguntar ¿a quién corresponde ese precio? Lo que sí es claro es que el trabajador, en cuanto tal, no recibe nada de ese precio. El trabajo así descompuesto se vuelve en contra de su creador, el trabajador. La transformación del trabajo en mercancía por obra del sistema capitalista cosifica y aliena al trabajo y, además, al trabajador como ser humano. El “Homo” sufre, de esta manera, una alienación ontológica.

Arruda (2006, 3) lo expresa así: *“El hecho histórico que marcó con mayor impacto la evolución del concepto de trabajo fue su transformación en mercancía. La crítica de la cosificación capitalista de las relaciones sociales de producción, la alienación del trabajo a través de los medios cosificadores del trabajo asalariado, de la*

propiedad privada y del intercambio (Mészáros, 1970: 92) contiene el análisis marxista de que por detrás de la alienación del trabajo se desdobra la alienación del propio Homo, una alienación ontológica, que lo hiere tanto en el plano objetivo como en el subjetivo. La mercantilización del trabajo, obligando al trabajador a emplearse para sobrevivir, lo forzó a aceptar cualquier condición de trabajo y remuneración, permitiendo al capitalista la máxima libertad en la relación social de producción. Este proceso se va haciendo mundial a medida que avanza la globalización del capital”.

Finalmente, **la Filosofía de la Praxis** concibe al trabajo como el inicio de un proyecto consciente que tiene su origen en el sujeto, actúa en el mundo y se deja impregnar por el mundo. Desde esta perspectiva el trabajo es una actividad objetiva y subjetiva, incluye una intencionalidad u objetivo que parte del interior del sujeto y termina en el mismo después de haber ejercido un influjo en la naturaleza. Abarca una teoría como final de su acción y como fruto de una semilla germinada en la personalidad del trabajador. De esta manera el artista trabaja la piedra a la que convierte en una escultura ecuestre, articulando práctica y teoría, músculo y mente. Toda acción humana puede terminar siendo un proyecto. En este proceso laboral, el “Homo” se perfecciona, crea la cultura y humaniza a la naturaleza. El trabajo, así concebido, es el germen de la investigación y de la ciencia.

El término trabajo se refiere a una actividad propia del ser humano. También otros seres actúan dirigiendo sus energías coordinadamente y con una finalidad determinada. Sin embargo, el trabajo propiamente dicho, entendido como proceso entre la naturaleza y el hombre, es exclusivamente humano. En este proceso el hombre se enfrenta como un poder natural, en palabras de Karl Marx, con la materia de la naturaleza. La diferencia entre la araña que teje su tela y la del hombre es que este realiza en la materia su fin. Al final del proceso del trabajo humano surge un resultado

que antes de comenzar este proceso ya existía en la mente del hombre. Trabajo, en un sentido amplio es toda actividad humana que transforma la naturaleza a partir de cierta materia dada. El trabajo en sentido económico, es toda tarea desarrollada sobre una materia prima por el hombre, generalmente con ayuda de instrumentos, con la finalidad de producir bienes o servicios.

El PACS o Instituto de Políticas Alternativas para el Cono Sur y **CASA** o Centro Autogestionado de Solidaridad (1998, 6-8) definen al trabajo como “Toda acción o proceso transformador, creativo, liberador, orientado hacia el desarrollo de la propia persona, de otras y de la sociedad humana, personal y socialmente responsable, en un sentido integrador consigo mismo, con cada Otro, con la sociedad y con la Naturaleza”.

II. Emancipación

Hemos visto hasta el presente que el trabajo ha recorrido un sendero, a lo largo de la historia, en busca de sí mismo. Hemos tenido que llegar al siglo XX para encontrar una definición ideal que, siendo un concepto al que tendemos y deseáramos llegar, aún no ha puesto sus pies en nuestro suelo.

En efecto, el trabajo no puede ser reducido a una confrontación con la naturaleza, como si ésta fuera nuestra enemiga radical y nosotros sus torturadores; tampoco, la fuerza de trabajo llena todo el sentido del mismo, ni la acción humana lo iguala, aunque proporcione utilidad a la sociedad. Confundir trabajo con mercancía supone un insulto a la actividad humana por el riesgo de cosificar al trabajador y tratar a la persona como si fuera un recurso material. El trabajo es algo más que un factor de producción, porque también lo es de satisfacción, de placer, de ingenio, de creatividad, de justicia, de desarrollo, de solidaridad e incluso de amor. Aunque el trabajo implique

esfuerzo no por eso es un sufrimiento ni mucho menos una tortura como indica su etimología latina “tripalium” (tres palos) o “tripaliare” (torturar o torturarse). Cuando por trabajo se entiende valor nos acercamos a la verdad del concepto, pero habrá que cuidar de que ese valor, al ser expoliado a sus creadores, no termine produciendo alienación incluso ontológica, al perder el actor la propiedad de su acción y de sus consecuencias.

El trabajo (ya quedó dicho) es una actividad humana transformadora de la realidad y, al mismo tiempo, del trabajador que ejecuta la actividad. Por eso es un factor ontopoiético que contribuye a la construcción de la identidad y del desarrollo de la personalidad individual y de la humanidad. Dicho de otra manera, el trabajo es emancipación, liberación, siempre y cuando el contexto axiológico, cultural y sociopolítico que lo arrope también procure la emancipación en su teoría y su práctica (Vivas Rivas, Joe Enrique, 2011).

Ciertamente en el caldo de la cosmovisión capitalista, neoliberal y globalizadora el trabajo no es emancipador. Efectivamente no lo es, porque el trabajo en el capitalismo más que liberar, subordina al asalariado a quien le prohíbe participar en la propiedad de los medios de producción y en las decisiones sobre la producción, comercialización y distribución de las ganancias (Pereira, Gustavo, 2011).

Más que emancipar, el trabajo en la postmodernidad y en la época de la globalización de los mercados incrementa el número de mujeres trabajadoras con un salario inferior al de los hombres y unas peores condiciones laborales. La reestructuración empresarial elimina puestos de trabajo que no suelen reabsorber satisfactoriamente las grandes corporaciones. Los ajustes estructurales frenan el crecimiento de la economía interna de los países en recesión y estimulan la generación

de excedentes exportables no para conseguir una mejor calidad de vida de la población, sino para pagar a plazo fijo la deuda externa, con lo cual quienes son aliviados no son los pueblos que sufren la crisis, sino el Primer Mundo que evita, así, no caer o no seguir en ella.

Marx, en los Fundamentos de la Crítica de la Economía Política, decía que el capitalismo tiende a una acumulación sucesiva y cada vez mayor. La tecnociencia le proporcionará (porque él mismo será el primero en subvencionar la investigación en ese sentido) medios tecnológicos capaces de producir más y mejor. Desaparecerán, es decir, serán despedidos los trabajadores no capacitados para el manejo de la alta tecnología, con lo cual las grandes corporaciones serán cada vez más grandes, poseerán más medios de producción y más riqueza, mientras la masa obrera estará cada vez más desamparada. El capital con menos gasto para la mano de obra, producirá más. Los trabajadores estarán a la deriva buscando formación, unos; empleo, muchos; por lo tanto parados, los más. La riqueza estará en menos manos y la pobreza aumentará, si el capital no cambia su ordenamiento y su visión social sobre la distribución de los bienes producidos. La fuerza de trabajo será el conocimiento. Marx previó que la producción por el trabajo directo sería sustituida por la producción científica y que la era del trabajo manual cedería su lugar a la era del conocimiento. Así está sucediendo en esta época de la globalización donde la brecha Norte – Sur se ha incrementado en una proporción de 85/15.

Toda esta panorámica lo que muestra es que el trabajo en la concepción y en la práctica del sistema capitalista lejos de ser un instrumento de emancipación es un hervidero de diferenciación de clases cuya lucha entre ellas se engendra diariamente en el seno de los desorbitados desequilibrios económico – sociales.

III. Educar

Para evitar caer en ese hervidero de discriminaciones y desequilibrios, lo mejor sería usar del conocimiento preventivo y, en general, de una pedagogía liberadora que prepare el escenario futuro de la convivencia humana.

Me imagino de la siguiente manera una educación que sirva de instrumento para pasar del trabajo esclavizador o alienante a otro tipo de trabajo emancipador o liberador.

En primer lugar, la escuela en su sentido amplio debe saber y presentar a los alumnos una concepción de educación, encuadrada en una cosmovisión que se rija por los grandes principios de justicia, igualdad, libertad y fraternidad. Tal vez el sistema que pudiera recoger en su seno estos principios sea la democracia; pero no la democracia actualmente ejercida en el conjunto de los países del mundo; sino una democracia radical, a la que el movimiento 15 de mayo” (M15M) denomina democracia real. Distinta de la partitocracia o poder de los partidos que no representan verdaderamente al pueblo.

Esta cosmovisión realmente democrática debe de partir de una voluntad decidida en pro de satisfacer los intereses de todos. Aquellos intereses que son universales, que acucian a la humanidad no en su totalidad sino en su mayoría. Digo en su mayoría y no en su totalidad, porque existen “algunos pocos” que no pasan hambre, que viven bien en viviendas dignas, que pueden curar sus enfermedades utilizando los adelantos técnicos sanitarios hoy día descubiertos. “Algunos pocos”, concentrados en condominios, en colonizaciones superlujosas, en ciudadelas amuralladas y militarmente defendidas. Son “Algunos pocos” los que pueden estudiar en los mejores colegios y universidades donde aprenden una ideología que se olvida de solucionar o contribuir a la solución de los

grandes problemas del mundo: falta de salud, de educación, de participación y responsabilidad social.

La mayoría de la población mundial, sin embargo, vive en otras coordenadas; pasa hambre (cerca de 1000 millones de personas); no tiene acceso a servicios adecuados de salud (2.600 millones de personas = al 45% de la población del año 2005); es pobre (650 millones de personas viven con menos de un dólar al día y 1.200 millones tratan de vivir con sólo 2 dólares por día). 113 millones de niños estaban sin escolarizar en el año 2005. Sólo en América Latina hay 40 millones de niños que viven en las calles de las ciudades. Casi la mitad de ellos, para aplacar el hambre y el frío, inhalan clefa.

La educación liberadora consiste en ver la realidad como un problema a resolver; analizar las causas que lo producen y buscar una solución. Es todo lo contrario a una simple trasmisión de conocimientos o informaciones. No es llenar la cabeza de teorías, ni de principios, ni de normas preestablecidas y sin criticar. La educación libera o emancipa cuando incita al educando a pensar sobre lo visto, sobre lo encontrado en la vida, en los medios de información, en el mundo de la vida cotidiana. Pero, no sólo se contenta con reflexionar, la educación emancipadora debe pensar a la luz de los Derechos Humanos, a la luz de aquellos valores que se consideren válidos para dar respuesta a los graves problemas de la desigualdad o de la injusticia. Y una vez que los hechos vivos, relevantes y representativos son destapados y reflexionados, la educación liberadora se compromete a dar una salida justa y humana a los acontecimientos.

De esta manera el trabajo se convierte en un “acto que tiene lugar entre el hombre y la naturaleza. Al trabajar, el hombre desempeña frente la naturaleza el papel de un poder natural, pone en acción las fuerzas de que está dotado su cuerpo, brazos y

piernas, cabeza y manos, a fin de asimilarse las materias dándoles una forma útil para su vida. Al mismo tiempo que, mediante este proceso, actúa sobre la naturaleza exterior y la transforma, transforma también su propia naturaleza desarrollando las propias facultades que en ella dormitan” (Marx, K., 1894).

La educación liberadora se fundamenta en una filosofía de la comunicación que busca el consenso crítico entre educador y educando. De tal manera que el acto fundamental educativo es el diálogo entre quienes se educan mutuamente: profesor y estudiante. Como fruto de ese diálogo entre la naturaleza, el educador y el educando se origina una doble transformación: la del mundo que nos rodea y la de quienes estamos en el mundo. El yo, el tú y lo otro quedan afectados por la acción crítica o trabajo humano. Dicho de otra manera: el trabajo, enfocado desde la educación liberadora, supone una continua, constante y permanente creación de la historia del mundo (Marx, K.). Sujeto, naturaleza e historia renacen cada día como fruto del trabajo del hombre, si este trabajo es realizado en condiciones de no opresión y en una situación social que no impida la tendencia del hombre a ser más, suprimiendo la injusta división del trabajo en inferior y superior. Es decir, permitiendo a la educación cumplir con su verdadero papel, consistente en liberar y en no oprimir, o lo que es igual: en incrementar la tendencia al reino de la libertad, apoyándose en el histórico reino de las necesidades humanas a las que el trabajo no dividido busca remedio.

Para transitar del trabajo concebido como mercancía al concepto de trabajo emancipador me permito sugerir algunas notas socio-pedagógicas, desde mi condición de pedagogo:

1. Marcos Arruda en su citado artículo (2006, 9) propone “la expansión de los núcleos y redes de economía solidaria que se desarrollen en diferentes partes del

mundo, generando un ambiente propicio a la praxis del trabajo emancipado, al interrelacionarse más y más unos con otros y al tender a nacionalizarse y "planetarizarse" en un tipo cooperativo, genuinamente democrático y solidario de gestión mundial de las necesidades, y de producción y distribución de las riquezas materiales e inmateriales”.

2. Hay que garantizar que los niños de las escuelas del mundo salgan con conocimientos básicos de economía, sociología y política.
3. Hay que explicar las matemáticas utilizando el método de “Matemáticas para la vida ordinaria” que aplica los conceptos de esta materia a problemas sociales y económicos donde se denuncian las injusticias del sistema financiero y capitalista en general: cobro de salarios, explicación de la nómina de trabajo recibida por los padres de los alumnos, etc.
4. Hay que sensibilizar a los alumnos de secundaria, exponiéndoles los abusos sociales que día a día aparecen en la vida, si no también en la prensa y en los Medios de Comunicación. Es necesario estudiar la distribución de los bienes a nivel mundial, continental, nacional y local; los problemas de hambre, de la incultura, de la pobreza, de la salud, de la falta de escolarización y sobra de analfabetismo. Pero no es suficiente con sólo saber, los alumnos de Educación Secundaria deberán apuntarse, como estudiantes que son, a alguna asociación, ONG, grupo social, movimiento vecinal o cívico donde ayudarán en alguna de sus acciones que busquen la mejora de la sociedad desde una perspectiva humanista y sociocríticamente comprometida.
5. Hay que explicar en las Universidades la estructura y andamiaje de la economía solidaria, adobada con experiencias positivas de la Banca Ética que

afortunadamente existen en el mundo. Lo mismo que los estudiantes de Secundaria deben realizar, durante un periodo no corto de su carrera, un compromiso social en alguna situación socialmente problemática (Guillen, Cristian, 2011).

6. Hay que organizar escuelas de padres y madres donde se analicen los grandes problemas sociales y se avive la esperanza de salir de la exclusión.
7. Hay que crear grupos y cuadros de conocedores de “otra economía”, capaces de liderar la creación de una red de equipos concienciados en la emancipación de barrios y municipios. Del mismo modo hay que preparar grupos de trabajadores que sean capaces de formar a sus compañeros en la crítica al orden social imperante con la intención de mejorar lo mejorable y cambiar lo inservible en la concepción de las empresas capitalistas para transformarlas en empresas humanas y justas.
8. “Hay que rescatar el alma humana del capital, ya que todo capital es fruto del trabajo humano. Si el capital está concentrado es porque algunos de los que participaron de su creación fueron despojados de él. Redistribuir el capital y los productos - ambos resultantes del trabajo - entre todos los que participan en su creación significa socializar los medios y los frutos de la producción” (Marcos Arruga, 2006, 7).
9. “La economía debe estar al servicio del "bien vivir" de todos y de cada uno de los habitantes de la casa del mundo. Tal organización implica repartir la propiedad y la gestión de los bienes productivos, así como dividir equitativamente las tareas y responsabilidades entre aquellas personas y comunidades que trabajan. Implica descentralizar el poder y el saber,

conjuntamente con la riqueza. Significa, por tanto, superar toda explotación y dominación de unos sobre otros, emancipar el trabajo” (Idem).

10. Hay que cambiar el modelo neoliberal de acumulación y consumismo por un modelo solidario de usufructo de la vida en comunidad o de economía de lo suficiente.

TRABALHO, EDUCAÇÃO E EMANCIPAÇÃO

Resumo

Este trabalho é uma questão que vem sendo muito discutida. Este artigo reflete a evolução histórica do conceito, e se pergunta qual concepção entre todas, pode contribuir para a emancipação do "homem" e que contexto ideológico em que o trabalho deve ser enquadrar, a fim de se tornar uma ferramenta de libertação. Em qualquer caso, a necessidade de educação para tornar o trabalho um pedaço de emancipação é evidente.

Palavras-chave: Trabalho; Libertação; Empoderamento; Educação; Alienação.

Referencias

ARRUDA, Marcos. Trabajo emancipado. **Internet**. Publicado en 13 de Enero 2006.

PACS y CASA o Instituto de Políticas Alternativas para el Cono Sur y CASA o Centro Autogestionado de Solidaridad (1998): "Construindo a Socioeconomia Solidária do Espaço Local ao Global" (Construyendo la Socioeconomía Solidaria del espacio local al global", de la Serie Sembrando Socioeconomía, Río de Janeiro.

GUILLEN, Cristian (2011): La educación emancipadora. **Internet**. Dirección del autor: hacialaemancipacion@yahoo.com

MARX, K. **El Capital**. Cap. VII. Ediciones varias, 1894.

MÉSZAROS, Istvan. **La Teoría de la Enajenación en Marx**. México: Ediciones Era, 1970.

WIKIPEDIA. **Valor de uso**. Internet con las palabras “valor de uso”, a través del buscador Google, 2011.

PEREIRA, Gustavo. **Emancipación y Educación**. hmodzele@adinet.com.uy, 2011.

RIEZNIK, Pablo. **Trabajo, una definición antropológica**. Razón y Revolución, n° 7, 2001.

VIVAS RIVAS, Joe Enrique. **En búsqueda de una educación emancipadora latinoamericana**. Internet, 2011.

Data de recebimento: 09/05/2011

Data de aceite: 04/07/2011